

# PASTORAL

QUE DIRIJE A LOS

súbditos Castrenses del Departamento del Ferrol y dió-  
cesis de Mondoñedo, Santiago y Orense

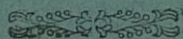
EL SEÑOR

**DR. D. MIGUEL DE APARICI Y ZUBELDIA,**

TENIENTE VICARIO GENERAL DEL MISMO,

CON MOTIVO DE

**LA PROXIMA GUARESMA.**



FERROL: 1862.

Imprenta y Litografía de Taxonera.

Ms. 13412

R-25-214

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00375511

# PASTORAL

QUE DIRIJE A LOS

súbditos Castrenses del Departamento del Ferrol y  
diócesis de Mondoñedo, Santiago y Orense

EL SEÑOR

**DR. D. MIGUEL DE APARICI Y ZUBELDIA,**

TENIENTE VICARIO GENERAL DEL MISMO,

CON MOTIVO DE

**LA PROXIMA GUARESMA.**



FERROL: 1862.

Imprenta y Litografía de Taxonera.

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Facultad de Ciencias Exactas y Naturales  
Departamento de Física

1983

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FÍSICAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FÍSICAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FÍSICAS



1983

Instituto de Investigaciones Físicas

## NOS EL DR. DON MIGUEL DE APARICI Y ZUBELDIA,

PRESBITERO, COMENDADOR DE NUMERO DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATOLICA, CABALLERO DE LA DISTINGUIDA DE CARLOS III, DE LA DE SAN FERNANDO DE PRIMERA CLASE, <sup>capellan de honor y</sup> SECRETARIO DE S. M., SUBDELEGADO APOSTOLICO Y TENIENTE VICARIO GENERAL CASTRENSE DE LOS EJERCITOS DE MAR Y TIERRA EN EL DEPARTAMENTO DE FERROL Y DIOCESIS DE MONDOÑEDO, SANTIAGO Y ORENSE ETC. ETC.

*A nuestros muy amados hermanos los Sacerdotes, y á todos los fieles Castrenses de este Departamento y diócesis espresadas, salud en nuestro Señor Jesucristo.*

Diligite inimicos vestros, benefícite hiis qui oderunt vos.

Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborreeen. Math.--V--44.

Poenitentiam agite in remissionem peccatorum vestrorum.

Haced penitencia por vuestros pecados.

Art.--II--38.

**T**ANTAS iniquidades vomitan las entrañas del infierno, que si no brillàra en nuestra memoria la promesa infalible del cielo, no vacilaríamos en asegurar, ó que va à cumplirse el va-

ticinio del filósofo impio (1) del siglo diez y ocho, ó que el fin del mundo amenaza muy cercano. Pero, no, mis amados Hermanos; ni la Iglesia católica desaparece, porque con ella estará Jesucristo hasta la consumacion de los siglos, (2) ni podemos afirmar tampoco que el juicio final se acerca, porque el verbo eterno nos enseñó que nadie puede dar razon de aquel tremendo dia. (3) Los trastornos que contemplamos llenos de horror, la saña del infierno que pesa sobre la Iglesia, y los males sin cuento que hoy ponen en tortura á los hijos de Jesucristo, son llamamientos de lo alto que quieren despertarnos, como si estuviéramos ante aquellas dos pruebas terribles, para que nos aunemos en espíritu y verdad con Jesucristo. En estos tiempos de disolucion y egoismo, nuestra union ha de ser la enseña que nos escude y defienda; pero es preciso que viva entre nosotros con públicos testimonios, que hagan ver al mundo que nos amamos como nos amó nuestro padre celestial, y que amamos tambien á nuestros enemigos y perseguidores como amaba el Salvador á los que le crucificaron é insultaban. (4) Asi verán que nuestras obras son el eco, que aun resuena, de la dulce voz con que J. C. nos habló desde el Madero Santo; asi se admirarán contemplando que pagamos sonrisa por ofensa, amor por ódio, y dejarán caer de sus crueles manos los puñales con que nos hieren, y

---

(1) Carta de Federico 2.º á Voltaire, 5 de Mayo 1767.

(2) S. Math. XVI--18--XXVIII--20.

(3) S. Math. XXXVI--24.

(4) S. Lucas. XXIII--34.

asi; en fin, conseguiremos lo que deseamos y esperamos y nuestro Redentor nos manda desear, que mas tarde ó mas temprano avergonzados de su proceder injusto, vengan hácia nosotros, no con las manos sedientas de sangre empuñando armas para herirnos, sinó con los brazos abiertos para estrecharnos y darnos el ósculo de paz y amor. (1) Más conquistas harémos con ejemplos de caridad y mansedumbre, que con ejércitos poderosos y escuadrones atrevidos, y en testimonio de esta verdad la Iglesia Santa conserva en sus archivos la preciosa historia de conquistas de caridad y sufrimiento, que ciertamente han dado al mundo de hoy doscientos millones de católicos, y al cielo innumerables coros de Mártires y Confesores. Si por cierto, si; nuestra union de paz y amor para todos, ha de ser la bandera que dé la victoria (2) á la Iglesia de Jesucristo, y agrupe en un solo redil las ovejas descarriadas. Con ella lograremos tambien que el Señor ofendido, alce de sobre nuestras frentes la espada de su venganza que nos castiga por nuestras ingratitudes; con ella desarmaremos á ese mundo loco, ambicioso y corrompido, que en nuestros dias como siempre que hubo envidia, nos mira con tédio y enojo, y con ella, en fin, se abrirán los ojos de los desgraciados que ciegos en sus errores, caminan con paso lijero á su perdicion y ruina. ¿Y cómo emprenderemos esta lucha de caridad y mansedumbre para que sea aceptable al Señor y gloriosa en resultados? El pueblo de Israel que recibia del Señor las

---

(1) S. Pablo á los Rom. XXII--20--Prov. XXV--21 y 22.

(2) Ad Rom. XII--18 y 19.

inspiraciones para arreglar sus pasos en el desierto, se purificaba, lababá las manchas de su corazon y se hacia todo de su Dios antes de emprender grandes cosas, (1) y en nuestra sagrada historia de la nueva Alianza, no fué una vez sola la en que ejércitos, pueblos y familias, sometieron su conciencia al crisol de la penitencia, como medio de preparacion para llevar á cabo dificiles empresas. Y nosotros, muy amados Hermanos, que nos encontramos con el pecho descubierto frente á una falange numerosa como los insectos que infestaron á Egipto, dispuesta á aniquilarnos y confundirnos; frente á un mundo que en los palacios, en los salones, en los clubs, en las orgías, en las tribunas, en las cátedras y en los rincones y plazas, se pronuncia contra nuestra bandera; frente á una generacion nueva que tiene la osadía de desafiar á sus tradiciones, á su educacion y á su mismo corazon, y de agotar el diccionario satánico de las blasfemias para denostar al Criador y á sus criaturas santas; frente, en fin, al espíritu de las tinieblas, nuestro comun enemigo, (2) y á las aberraciones de la carne que de consuno siempre y ahora miraron y miran con implacable ódio la cruz de nuestra redencion, (3) ¿que harémos? ¿cómo nos prepararemos debidamente á fin de que el Señor nos oiga y defienda? Ya sabeis, Hermanos muy amados, que en el estado de gracia y amistad de Dios, se consiguen los favores del cielo; (4) y ya que nues-

---

(1) Exod. XII--10 y 11.--Id. XIX--10.

(2) 1.ª de S. Pedro--V--8.

(3) S. Pablo á los Colos. III--5.ª

(4) S. Juan XV--4--S. Pablo á los Cor. 1.ª XIII--3.

tros apuros y necesidades nos llaman é inclinan, hoy muy principalmente, á procurarnos aquella santa paz para nuestras almas, aprovechemos la oportunidad del tiempo de Cuaresma que se acerca; ¡tiempo aceptable, tiempo de salud!... No desperdiciémos esta ocasion feliz que nuestro Dios nos presenta con su llamamiento santo. Nosotros sus ministros legitimos, aunque harto humildes y pecadores para merecer dignidad tanta, no cesaremos de llamaros tambien en nombre de Dios desde la cátedra del templo; de dia, de noche y á todas horas nos hallareis dispuestos á enseñaros, á oir vuestras consultas y á absolveros de vuestras culpas por enormes é innumerables que fuesen. ¿Y habrá quién apesar de estas escitaciones benignas, se asuste y detenga ante la idea de abrir su corazon al Sacerdote? No lo permita el Señor, y el Señor haga que no mireis en el Sacerdote al hombre, y sí al Dios de las misericordias que os oye y perdona. ¿Quién que se aproximó à las gradas del Tribunal de la penitencia, no esperimentó un consuelo inefable venido del cielo, al vomitar sus culpas? ¡Oh! Preguntad á vuestros amigos buenos que se postraron á las plantas del ministro de Dios, y ellos os dirán sin rodeos que desde el momento en que arrojaron fuera de sí los secretos malos de su alma, esperimentaron mejores horas, vieron mas clara la luz de la verdad y vivieron mas felices en la tierra, con menos apego al mundo, mas amor á sus semejantes y poco temor á la muerte. Si os deteneis ante la miserable idea de que la confesion de un hombre de sociedad y mundo, no parece

bien á los genios fuertes, como si dijéramos á los malos, ó si en vuestro espíritu merece consideracion bastante para retraeros de la Penitencia, la indigna preocupacion de este siglo que cree reñidas las prácticas religiosas y las virtudes cívicas, en tal caso decid que vendeis vuestro Dios, vuestra alma, vuestra felicidad, y todo lo mas caro que poseeis, por temor de desagradar al infierno personificado en los que se burlan de aquel Sacramento santo. Nosotros como todos los hombres de razon y prudencia, reconocemos como cosa muy puesta en los límites de los deberes humanos y por consecuencia nada repugnante á las leyes sociales de urbanidad y buen gusto, el ver á un poderoso postrado con humildad á las plantas de un pobre Sacerdote, pidiendo el perdon de sus culpas y el consuelo de sus penas interiores, y miramos como un cuadro magnífico á la vez que tierno y edificante, por ex., el de un general ilustre cuyo valor hizo sonar la trompa de la fama, que penetra por las puertas del templo, se inclina ante el ministro de Dios confundiendo sus entorchados de oro con el humilde capote del soldado, y se acerca despues á la mesa santa à comer un pan precioso que no comén los ángeles en el cielo. ¿No llena de dulce expansion esta hermosa igualdad á que nos lleva la fé de Jesucristo, en la práctica de la confesion? ¿No es este un motivo poderoso para que todo hombre sin distincion de razas y partidos abrace à Jesucristo? ¿No se ven ante la penitencia santa fraternizadas todas las clases y condiciones? ¿Porqué, pues, no hemos de amar y abrazar tan digno Sacramento? Si la causa de vuestra rémora tuvié-

ra por base la idea de que el Sacerdote es ó puede ser malo, si quereis ser consecuentes con esta conducta, quitad de las manos del juez que en su vida particular es desarreglado, la vara que le dà derecho á administrar justicia en la tierra; á los padres, las prerogativas que la ley les dà sobre los hijos; á los gefes y gobernadores, el deber de ser obedecidos. ¡Qué consecuencias tan funestas! Nosotros somos pecadores: desgraciadamente no somos santos como nuestro ministerio lo es...; tenemos pasiones miserables que nos persiguen mas que à vosotros...; pero nuestros pecados nunca serán razon de que huyais de la Penitencia, porque ellos no os escusarán ante el Juez Supremo, y nos atrevemos á asegurar sin temor de ser desmentidos en vuestros corazones, que nunca os apartaréis del santo lugar de la confesion por los pecados del Sacerdote; será por los vuestros; *el impio huye del buen Sacerdote porque es bueno, y del malo porque es malo.* Y si reflexionaseis lo bastante para comprender los bienes que importa la confesion ¿esquivaríais sus frutos santos? ¿Quién forma buenos hijos sinó la penitencia santa? ¿quién buenas esposas? ¿quién la familia? Ejemplos vienen á nuestra memoria, y ejemplos que hemos tocado, de los bienes inmensos que reporta la confesion de los pecados ¿En qué, pues, se funda esa aversion á la práctica de la penitencia? Si solamente en la falta de creencias, no existieran hombres que no se aprovechan de esta medicina santa y se cuidan mucho de que sus familias no sigan tan pernicioso ejemplo; mas si fuese la causa de tal desvío la negacion por su base de toda la



fé de Jesucristo, en semejante caso, no nos es dado conven-  
cer en este pequeño espacio; pero brindamos á todos á que  
lean Autores escogidos, oigan á hombres competentes y des-  
pues obedezcan á su conciencia; seguros estamos de que así  
lograrán á poca costa, luz y convencimiento.

Y vosotros, los que no vacilais en confesar á Jesus y su  
Iglesia, ¿seréis razonables mirando con enfado el Sacramen-  
to de la penitencia? Leed las páginas sagradas y hallaréis al  
Salvador perdonando á la adúltera, (1) á la muger prosti-  
tuida (2) y al buen Ladron, (3) confesándose pecadores; pre-  
guntad por las doctrinas de la Iglesia, y en ellas veréis man-  
dar á sus ministros, concedan perdon á los que con dolor  
verdadero confesaren sus culpas. En verdad que es muy  
halagüeno quitar de nuestros hombros el peso del precepto de  
la confesion, y tan persuadidos estamos de ello que solo po-  
demos atribuir á la fuerza de la divina gracia y á la verdad  
en que la institucion de la Penitencia descansa, el que haya  
católicos y acérrimos defensores de un Sacramento que tanto  
repugna al orgullo humano; pero si prescindimos de las violen-  
tas escitaciones de nuestras pasiones y nos entregamos á una  
razon justa y desapasionada, ¡no hay remedio! humillarémos  
nuestras frentes, y aunque á disgusto del pecado y del in-  
fierno, reconoceremos aquel augusto Sacramento. Obremos,  
pues, de acuerdo con estas máximas justas en la razon na-

---

(1) S. Juan VIII--11.

(2) S. Lucas. VII--48.

(3) Id. XXIII--41.

tural y en la revelada; Hermanos en Jesucristo, no vacileis en entrar por las puertas del templo à ejercer una práctica que encierra vuestras venturas. Vosotros, padres de familia, formad con estas santas creencias, los hijos que han de ser vuestra gloria y la esperanza de las generaciones futuras; mirad que, entre el estrépito del mundo alborotado, es una merced del cielo que salga esta voz que os llama muy de veras à la Pàtria que es nuestro destino; no la desoigais; leedla, medítadla á solas, sobre todo cuando espiritualizados con recuerdos de muerte y miserias que son nuestra herencia en el mundo, penseis de corazon en vuestro porvenir eterno. El Sacerdote no puede hacer mas que esperaros siempre, à todas horas que lo busqueis, para daros lo que negar no debe. Por estos medios lograreis la dicha de una paz inalterable en la vida y un porvenir sin fin en el cielo, donde por los siglos de los siglos bendeciremos al Padre, al Hijo y al Espiritu Santo, Amen.

*Dado en Ferrol á 1.º de marzo de 1862.*

*Dr. Miguel de Aparici.*

Por mandado de S. S.

*Matias Y. Acosta,*

Pbro. Srío.







